

LIBRO CUARTO.

DE LA SAGRADA COMUNION.

CAPITULO I.

REPARACION PARA COMULGAR, HACIMIENTO DE GRACIAS, Y COMUNION ESPIRITUAL.

Dispuesto ya por la confesion sacramental, arrepentido de tus culpas, con propósito de la enmienda, y habiendo hecho uno, ó muchos actos de contricion, te dispondrás para comulgar en la forma siguiente.

Lo primero, considera estos tres puntos: ¿Quién viene? ¿á qué viene? y ¿á quién viene? como se dijo en el tratado de meditaciones para comulgar, lib. 1. cap. 3.

Lo segundo: pedirás á la Virgen santísima te preste sus virtudes para adornar tu alma, y disponerla para recibir á tan gran Señor. Lo mismo pedirás á los ángeles y santos; convidándolos á todos, suplicándoles te presten sus virtudes, y disposicion con que recibieron al Señor en esta vida, para recibirle tú con pureza.

Lo tercero: te dispondrás con ardentísimos deseos de recibir al santísimo sacra-

mento; para lo cual te pongo aquí algunos, para que con estos, ú otros semejantes, te enciendas en afectos de recibirle.

DESEOS DE COMULGAR.

¡O altísimo Señor! ¡quién tuviera los encendidísimos deseos, afectos, pureza y abrasado amor de vuestra santísima Madre, mi Señora la Virgen MARIA, para amarte con toda mi alma, para recibirte, agradarte, y servirte.

¡O Padre soberano, dulcísimo manjar de la alma! ¡Quién tuviera los deseos de todos los santos y santas, que con mas ardiente caridad y fervorosos afectos, han deseado recibirnos! Los de Santa Marta, para hospedaros en mi alma; y los de su hermana María, para no apartarme un punto de vuestros piés.

¡Quién tuviera la grandeza de los cielos, la pureza de los ángeles, y el abrasado amor de los serafines, para recibirnos ahora sacramentado!

¡Quién poseyera todo el amor santo, y tuviera todas las virtudes para convidaros, Señor, y Padre mio, á que vinierais á mi alma y corazon, y fuera yo vuestra digna morada!

¡O qué feliz y dichoso fuera yo, si dignamente recibiera al autor de la vida para tenerle siempre en mi alma!

¡Qué rico fuera yo, Señor, poseyendo en gracia, y con pureza vuestro santo cuerpo! Bien podeis concederme esta gracia y favor, pues sois omnipotente.

Venid, Señor, á mí, pues podeis hacerme digno; y ayudadme á que os tenga en mi alma, como la esposa, y no os suelte y os deje ir por mis culpas.

¡O Reina de los cielos y de la tierra, Señora benditísima, madre y madrina mia, á quien convida mi corazon, y alma, para que me apadrineis con vuestro santísimo esposo José, para recibir á vuestro dulcísimo Hijo JESUS, que sacramentado por mi amor, deseo con amor y pureza recibir! Alcanzadme, Señora, este bien de vuestro Hijo, único bien mio. Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma y corazon desea recibirte, Dios mio.

Jaculatorias amorosas para recibir al santísimo Sacramento.

¡O celestial mantenimiento! y ¿cuándo me sacrificaré solo á vos? abrasadme, no en otro fuego, que en el de vuestro amor divino. ¿Cuándo tendré yo tan gran dicha, amor increado?

¡O pan vivo! ¿cuándo viviré yo solamente de vos, para vos, y en vos? ¿Y cuándo,

mi vida, bella, alegre y eterna, llegará este cuándo?

¡O maná celestial! ¿cuándo hostigado de otro mantenimiento terrestre, te apeteceré solamente? ¿Cuándo será este cuándo, único amor mio?

¡Ea, amante mio, poderoso Señor! libertad este miserable corazon de cualquier afecto desordenado y de todas pasiones viciosas: purificalo, adórnalo, bien mio, con tus santas virtudes: que mi fin es recibirlos puramente, para agradaos y quedar yo rico con el tesoro imponderable de tu santísimo cuerpo: y así, Señor, os alabo de todo mi corazon, y os vuelvo á convidar para que entreis en él, obrando sin resistencia mia los inefables efectos que comunicáis á los que os reciben dignamente.

Soliloquios para antes de comulgar.

O amantísimo Jesus, hermosura de los cielos, y Señor de la magestad: en cuya presencia millares de millares de espíritus soberanos asisten: á quien los ejércitos de los ángeles sirven: á quien las potestades aman: á quien los mas ardientes serafines aman! ¿qué diré de tus finezas? ¿cómo explicaré tus cariños? ¿Es posible, Señor mio, que siendo yo tan vil, y habiéndooos ofendido con innumerables pecados; ha-

biendo yo andado tan infame que he sido traidor á mi Dios, á mi Padre y Señor; y siendo yo mas horrible que un cuerpo muerto; queráis, teniendo tanta maldad, hacerme templo y palacio de tu grandeza?

¿Es posible, Redentor mio, que mandes que reciba tu cuerpo sacrosanto? ¿Qué viste en mí, para hacerme tantas honras? ¿Quién soy, para hacerme morada tuya? ¿Qué adorno llevará mi alma, habiendo estado desterrada de tu gloria, y condenada á los infiernos por inmunda? ¿Qué limpieza llevará mi cuerpo, siendo la misma corrupcion asquerosa? Ruégote, Señor piadoso, que purifiques mi cuerpo, que refrenes mis pasiones, y adornes con tu gracia mi pobre alma, para que seas recibido en ella, como quien eres.

Quisiera, Señor, tener todos los adornos de la gracia, y las obras meritorias de todos los santos del cielo y justos de la tierra.

Deseo, Señor, llegar á recibirte con la perfeccion, y pureza de los nueve coros de los ángeles, y con los atavios de dones y gracias, con que te recibió, JESUS mio, tu santísima madre.

Mira, mi Dios, mi pobreza: enriquece mi alma con tus dones: purifica mi espíritu, limpia mi conciencia, para que sea templo

tuyo con la gracia, y te goce en la eterna gracia.

SOLILOQUIO DE ORACIONES DE N. P. S. FRANCISCO, Y OTRAS PARA ANTES DE COMULGAR.

Rey de la gloria sacramentado: yo te reverencio y adoro, como á mi Dios, creyendo con firme fe que estás dentro de esas blancas cortinas, de esos accidentes sin sujeto, el mismo que eres, y estás á la diestra de tu eterno Padre: y aunque estoy confiado, que por la confesion me has perdonado mis pecados; y aunque tú mismo, por tu infinita clemencia, deseas entrar en mí, y me convidas y persuades que llegue á tu mesa á comer del divino manjar de su sacratísimo cuerpo, y por ello me ofreces la vida; me atemoriza y encoge la consideracion de tu grandeza y mi pequeñez, tu magestad y mi bajeza: tu infinita bondad me admira, y mis pecados me atemorizan para llegar á esta mesa; pero si tu dulcísimo amor me convida á ella, tu misericordia perdone mi atrevimiento.

¡O Sabiduría del Padre! ¿Qué haré en esta duda? Si no te recibo, pierdo la gracia y dones que tú comunicas en este sacramento; si me llevo á él sin la debida disposicion, temo desagradarte. ¡Qué haré, Señor, en caso que tanto me importa acertar!

¿Rendiréme al temor de no enojarte, ó al amor y deseo de agradarte? Ea, amado de mi alma, venza el amor y la confianza que tengo en tí; con esta me llevo á tu mesa á comer por tu mano de ese pan divino. Dichoso yo mil veces, que gozo ya presente, lo que tantos patriarcas y profetas adoraron en sombra, y se alegraron de verle aunque de lejos.

Suplicote, Señor mio, que te dignes de darme la disposicion, que quieres que yo tenga para recibirte con provecho. Mira, Dios mio, que por este sacramento me he de unir contigo tan estrechamente, que ha de llegar mi alma nuevamente á ser tu esposa: y cuando el esposo es muy rico y la esposa muy pobre, está á cargo del esposo darle los vestidos y joyas que es razon tenga, la que ha de ser esposa de tal esposo. ¿Quién, Señor, tan rico como tú? ¿y quién tan pobre como yo? Cubre, esposo amabilísimo, la desnudez de mi alma, con una vestidura nupcial de muy alta gracia, para que yo parezca sin vergüenza delante de tu soberana Magestad: adórnala con las joyas y preseas de tus divinos dones, como esposa de tan gran Señor.

Pero, dulcísimo Señor mio, ¿quién soy yo para que conociéndome de nuevo, te quieras desposar conmigo entrando en mí, y estando conmigo? ¿Quieres aca-

so nacer otra vez en establo de brutos? ¿Quieres otra vez ser reclinado en el pesebre pobre de mi pecho? ¿Qué hallas, Señor, en mí que así apetece la posada de mi corazón? ¿Quién soy yo, y quién eres tú? Tú eres Criador; y yo criatura. Tú eres Señor; y yo esclavo. Tú eres Dios; y yo polvo y ceniza. Tú eres todas las cosas; y yo la misma nada: y así me admira, Señor, tu infinita bondad en querer entrar en mi abominable pecho lleno de tantas miserias. ¿De dónde á mí, Bien mio, tanto bien, que venga á mí, mi Señor?

Amabilísimo Jesus, esposo de mi alma, ¿para qué vienes á mí? Quisiera, Señor, recibirte dignamente. ¡O quién tuviera los deseos, fervores, y afectos de la Virgen, tu madre y mi señora, y de todos los santos, para recibirte con pureza y agrado tuyo! ¡Quién tuviera la grandeza de los cielos, la pureza de los ángeles, y el abrasado amor de los serafines! ¡Quién poseyera todas las virtudes para convidarte, Señor, que vinieras á mi morada!

Padre de misericordia, pues quieres morar en mi casa llena de tantas miserias, y de esto no te desdeñas, inclina esos cielos, y desciendan contigo, que pues tú quieres humillarte y venir á mí, ¿qué mucho que los cielos se humillen y bajen contigo? Vengan, Señor, en tu compañía las virtu-

des celestiales á mi alma. Vengan la fe viva, la esperanza firme, la caridad perfecta, que abrase este corazon. Vengan la humildad, la paciencia, la mansedumbre, la mortificacion de mis pasiones, la devocion, y las demas virtudes; y conviertan en cielo lo que ha de ser morada del Rey de los cielos.

¡O, qué dichoso fuera yo, si dignamente recibiera en mi alma al autor de la vida! Cuán rico estuviera yo, poseyendo tal grandeza. Ven, Señor, á mi, y dame gracia para dignamente recibirte. ¡O Virgen purísima! alcázame este bien de tu amado hijo: adorna la posada de mi pecho con las ricas joyas de tus virtudes: viste y adorna mi corazon con las ricas telas de tus méritos: haz, Reina mia, que coma con provecho este pan de vida, amasado con la leche virginal de tus purísimos pechos.

¡Esposo dulcísimo de mi alma! con tan alta union, como se hace en este divino sacramento, seamos para en uno, desde hoy te ofrezco firmemente de guardar la ley de fidelidad, que debe una leal esposa á su esposo. ¡Querido y amado de mis entrañas! no he de dar ya lugar en mi corazon á vanos amores: ya he caído en la cuenta de mi error, poniendo la aficion en las criaturas. ¡Qué tengo yo que querer; ni que puedo querer en el cielo y en la

tierra fuera de tí? Afuera, afuera aficiones de la alma, si sois impuras; y del mundo, que cualquiera que seais, no podreis llenar los llenos de mi corazon: á tí, sumo bien, amo sobre todas las cosas, y me basta.

Tú, esposo mio, de quien todo lo bueno procede, fortalece, y aviva de dia en dia mis propósitos de amarte y servirte de todo mi corazon hasta el fin de mi vida; para que sin fin te goce y glorifique eternamente en tu cielo. Amén.

Cercano á la comunión dirás:

No soy digno de recibiros, Señor, porque aun no me he acabado de entregar sinceramente á vuestro amor divino, á vuestra santa voluntad y obediencia.

No soy digno, ni merecedor de que vuestra divina Magestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra santísima palabra, mis pecados serán perdonados, y mi alma será sana, salva y perdonada. Y comulgarás.

Del hacimiento de gracias despues de la comunión.

Luego que hubieres comulgado te retirarás á la parte mas secreta, y retirada de

tu corazon, apartado de toda cosa criada, absorto y admirado en la grandeza y magestad que has recibido. Te quedarás un rato, ó lo que pudieses recogido en afectos y coloquios con el Señor, que tienes en tu pecho, hablando con el corazon de esta manera ó como supieres.

¡O único amado bien mio! ¿cómo os agradeceré esta fineza de vuestro amor, si no me dais amor para pagaros? ¿De dónde á mí, único dueño mio, que hayais venido á mi alma y corazon, dulce amor y regalo? ¿De dónde á mí, regocijo de los cielos, descanso de los Justos, y gloria de los bienaventurados, que hayais venido á mí, que soy vil pecador?

¡O Señor clementísimo! ¿qué visteis en mí sino llagas y pecados? Pero pues eres médico de las almas, unge la mia con oleo de tu misericordia, para que sane de sus dolencias.

¡O amor inefable! ¿quién te trajo á mi pecho, sino el amor que me tienes? Arda, Señor, mi corazon en amor de agradecimiento; para que, quedándote en el altar de mi alma, sea mi corazon y voluntad lámpara encendida de amor, que siempre arda en tu divina presencia.

¡O muy alto y soberano Rey del cielo! ¿quién os trajo dentro de mí, que soy una criatura vil y miserable, torpe, ciega y po-

bre, que no tengo cosa buena? Solo vuestro amor. Dadme, Señor, amor para corresponder á vuestro amor.

¡O tesoro inestimable, Dios y Señor mio! ¿qué te daré ó retribuiré por tan grande beneficio? Lo mismo que me disteis, eso, Señor, os retorno; que solo vos de vos mismo, sois digna recompensa.

Os doy, Señor, y ofrezco á vuestra santísima madre la Virgen MARIA; á todos los Justos y santos; todas las comuniones y sacrificios que vuestra santa Iglesia os ha ofrecido, y han sido de vuestro agrado, desde que instituisteis este soberano sacramento; junto con todas las obras buenas, que se han hecho y harán hasta el fin del mundo; con todo lo cual os ofrezco mi cuerpo, y la alma mia, y todas mis cosas.

Oracion para despues de la comunion.

¡O JESUS mio, Dios de amor, y mar de infinitas perfecciones! ¿qué te ofreceré en retorno del precioso recibo de tu cuerpo santísimo? ¿Qué gracias te daré por tan grande beneficio? ¿Qué alabanzas rendiré á tu bondad por tan gran favor? Ofrézcode, dulcísimo JESUS, las adoraciones que te han dado en la tierra y en el cielo todos los justos y santos, y las gracias que te daba

la santísima Virgen MARIA, cuando te recibí sacramentado. Y pues me has hecho relicario de tu sacratísimo cuerpo, adorna, divino Jesus, mi espíritu con el oleo de la caridad perfecta : cura mis dolencias, sana mis enfermedades, remedia mis trabajos : y si estoy enfermo, médico único eres, si soy flaco, fortaleza eres; si estoy tibio, eres fuego y el fervor mismo; si estoy indevoto, eres la devocion mas ardiente; si estoy ciego, eres luz verdadera; si pobre de virtudes, el Señor de ellas eres : concédeme esto, mi Dios; y que esta sagrada comunion me sea para aumento de gracia y para reformar la vida. Suplicote, Redentor mio, que por tu santísimo cuerpo y sangre me perdones los pecados : que desde hoy no sea yo vencido de mis enemigos invisibles; sino que con el favor de tu gracia pise al mundo, sujete la carne, y venza al demonio, para que libre de los vicios, sea participante de los eternos gozos; y poseyendo los frutos de este divino sacramento, vea en el cielo, sin velo de accidentes, el hermoso rostro de mi soberano Padre y Señor. Amén.

Ofrecimiento de la comunion al Padre eterno.

¡A tí! ó eterno Padre, en la llaga del costado de tu hijo, ofrezco esta sagrada comunion; y juntamente me ofrezco á mi mismo, á mis deudos y bienhechores : por quien te pido nos perdones nuestras culpas y que nos hagas tan puros y santos en el alma y en el cuerpo, como tú quieres que seamos; y que antes muera mil veces, que permitas que yo te ofenda. Suplicote, que yo sea siempre muy perfecto y ajustado á todas mis obligaciones : lo mismo te ruego por cuanto yo debo pedir. Ofrecote, Señor, esta comunion en hacimiento de gracias por todos los beneficios, hechos á mí y á todo el mundo; y juntamente en satisfaccion de mis pecados, y de todos los de aquellos á quienes tengo obligacion : por la exaltacion de nuestra santa fe; por la conversion de los infieles; por todos los estados de la Iglesia; por los que están en pecado mortal, para que salgan de él; para consuelo de los miserables afligidos; para socorro y ayuda de agonizantes; para descanso de las ánimas del purgatorio, y para aumento de gloria accidental de todos los bienaventurados. Todo lo cual te pido

por tu hijo Jesucristo, mi Señor, que contigo vive y reina eternamente. Amén.

Ofrecimiento de la misma comunión por mano de la Virgen santísima nuestra Señora.

¡O Emperatriz de cielo y tierra, Virgen santísima MARIA, Madre de Dios, Reina y Señora mía! ruégoo, piadosísima abogada y amparo mio, por la santísima encarnación, vida, pasión y muerte de vuestro amantísimo hijo, mi Señor Jesucristo, á quien ahora sacramentado he recibido, que acompañada de todos los cortesanos del cielo, y con afectos de madre, ofrezcaís al eterno Padre esta sagrada comunión, que, como tesoro y hacienda mía, tengo en mi corazón y alma, para su mayor gloria, alabanza y consuelo mio. Amén.

Os pido, Señora, que participen de esta soberana ofrenda las benditas ánimas del purgatorio; principalmente por la ánima de N., por quien os suplico lo ofrezcaís en particular: y asimismo, Reina y madre mía, por aquella, ó aquellas, que fueren de vuestro agrado, de mi obligación y voluntad divina. Amén.

Soliloquio de oraciones para despues de comulgar.

Benignísimo Señor que estás en mi pecho, yo te adoro como mi Rey, yo te ofrezco mi corazón: (*si fuere religioso diga: yo te ofrezco mis cuatro votos, entregándote las llaves de mis potencias y sentidos:*) yo te doy infinitas gracias, por haberte dignado de aposentarte en la pobre choza de mi pecho: y ruego á los serafines, á los ángeles, y á todos los santos que te las den por mí, por todos los siglos de los siglos. Amén.

¿De dónde á mi, Señor, tanto favor? En fin has hecho como quien eres, Dios mio, dulcísimo Rey mio, gloria mía y todo mi bien. Y pues te precias tanto de hacer mercedes á pobres; ¿por qué no esperaré ya otras muchas de tu mano, fuera de las inefables que me has hecho en hospedarte en mi corazón? Es verdad, Rey de mi alma, que no te has de ir sin dejar bien pagada la posada. Déjame, Señor, enriquecido de tus dones, como infinitamente poderoso que eres.

¡O qué buena mano tienes para enriquecer pobres! ¡O cuán liberal eres en ador-

nar las almas que quieres ! Mira, Señor, mi pobreza y desnudez : no se haga en mí, mas de lo que se puede esperar : tú, Señor, eres mi amor y esperanza : en tí, Señor, he esperado, y no quedaré confundido.

Rey soberano, aunque te pido paga de la posada, reconozco que te debo la comida y la bebida de tu precioso cuerpo y sangre, que me has dado en ella, y que es de infinito precio y valor ; pero veo que la das de valde, y tú mismo me has convidado á llegar á tu mesa : no tienes que pedirme mas que agradecimiento de esta merced que me has hecho : yo la estimo cuanto puedo ; y quisiera ser un serafin abrasado en amor, para reconocerla, y mostrar en las obras el debido aprecio de tanta dignacion. ¡ O, qué sangre tan encendida en divino amor ! Haz, JESUS mio, que yo no guste otra cosa fuera de tí : haz que no se vaya de mí tu gracia, ni se pierda por la culpa, ni enferme por el pecado.

¡ Médico celestial ! bien hallarás en mí en que emplear tu divino saber y poder. Si solo con tocarte cobran la salud los enfermos, vista los ciegos y vida los muertos ; goce, Señor, tambien de estos divinos efectos mi alma y pecho : duelete, Señor, de mí : siente mis males, apiádate de mí. ¡ O Rey de la gloria, padre de los siglos ! mira que, viviendo, muero de tus amores :

deseo vivir en la gracia de este divino sacramento. Serafines del cielo, que, abrasados de amor, asistis los mas cercanos al pecho de mi Dios, decidle que estoy enfermo de amor, y que muero de amor por verle.

¡ Hortelano del cielo ! atrévome á llamarte así, pues habeis venido del cielo á arrancar las plantas que no plantó tu Padre celestial : pidote encarecidamente que arranques unas malas raices, viejas y perversas costumbres que hallarás dentro de mis entrañas, y yo por mis pocas fuerzas no acabo de desarraigar ; pues luego tornan á brotar malos pimpollos de nuevas culpas. Tambien te pido sazones la tierra de mi alma, y plantes en ella de las yerbas olorosas y preciosas de tus jardines celestiales, que son las virtudes y dones del Espíritu Santo ; y riégalas con el rocío del cielo de tus consolaciones, que está esperando sedienta con mil bocas abiertas para recibir tus misericordias. Dios mio, rico en misericordias, comunicame tu gracia en abundancia, que no empobrecerás por eso : remédiame con tu sangre, pues moriste para remedio de los pecadores : en mí, que soy el mas pecador, hay mas que emplear tu amor, poder y misericordia. El rio no pasa sin dejar llenos los vacíos por donde corre. Fuente eres tú de donde salen los rios cau-

dalosos de gracias : llena estos vacíos que hay en mi alma, de virtudes, y purifica los defectos que en mí hallares.

¡ Maestro sapientísimo ! enseña á mi alma lecciones de como te sirva á tu gusto : dale buenos avisos, para que no vuelva á caer en las culpas pasadas, ni ser mas engañada de la antigua serpiente : hazla á tus costumbres, conformándose mi alma con tu querer y voluntad. ¡ O, qué condicion es la tuya ! ¡ O, si se pareciese á ella la mia ! ¡ O, quién lo hiciera todo á tu contento ! Comunica, Señor, á mi alma lo que hay en tí ; y quita de ella todo lo que te desagrada : haz que yo sea un retrato tuyo, en el cual los que me vieren conozcan la virtud de este soberano sacramento. Príncipe de los cielos, centro de mi corazon, alcaide y Señor de la fortaleza, manda y haz en él todo lo que quisieres, como Señor absoluto : no ha de entrar mas el demonio, con tu gracia : las llaves te he dado de este castillo : no quiero dar entrada á otro alguno ; no quiero mas que á tí solo. Tú, Señor, me bastas, aunque me falte todo lo que está criado.

¡ Amado mio y Señor mio ! ¿ quién tuviera mil corazones para amarte con todos ellos ? Prestadme, serafines, vuestro amor. ¡ O santos del cielo ! ¿ qué envidia os tengo del amor encendido que teneis en vuestro Dios ! ¡ O esposo mio, quién me le dará pa-

ra amarte de todo mi corazon ! ¿ Qué haré para abrasarme en tu divino amor ? Decidme, ángeles, ¿ dónde venden finísimo amor de Dios, para venderme yo, y comprarle ? Veo, Señor, único bien mio, que amante tú le das de valde ; y solo pides por él el retorno de amor. Cuanto cabe en mi alma te doy ; y quisiera tener el amor de todos los serafines para dártelo todo ; y aun quedaria muy corto, pues no llevaria la infinidad de tu amor : y así quisiera tener infinitas voluntades para amarte, é infinitas lenguas para alabarte. Todas las criaturas, Señor, te alaben y bendigan por los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO II.

DE LA COMUNION ESPIRITUAL

Aunque no se puede comulgar sacramentalmente mas que una vez al dia ; con todo, podemos comulgar espiritualmente cada hora y cada instante, no habiendo cosa que nos lo pueda impedir, si no es la pereza, flojedad, ú otra culpa nuestra.

Preparacion para comulgar espiritualmente.

Para disponerte á la comunión espiritual, levanta el pensamiento con esta intencion; y pasando brevemente la memoria por tus culpas (si ninguna especialmente te grava) arrepiéntete de todas en general, detestándolas y aborreciéndolas por ser ofensas hechas contra Dios: hecho el acto de contrición, pide al Señor, con humildad y viva fe, que quiera entrar en tu alma enferma y miserable, con nueva infusion de su santísima gracia y dones para curarla, y fortaleza contra los enemigos, pidiéndole pureza para recibirle en tu espíritu; y luego como si le recibieras sacramentalmente, recíbele en tu alma con el deseo y despues dirás:

Soberano Señor de cielo y tierra, á quien sacramentado adoro y reverencio: ya que no me es permitido, Señor mio, que os reciba sacramentalmente, haced, ó bondad y poder increado, que yo os reciba ahora espiritualmente: perdonadme cualquiera culpa, sanad, Señor, mis achaques, dadme nueva asistencia de vuestra divina gracia: entrad, Señor, en mi alma, que os espera como médico, para que cureis sus dolencias: tomad posesion de mi corazon, para

que siempre vivais en mí, y yo con vuestra gracia en vos. Amén.

Tendrá la presencia sacramental del Señor todo el dia, si pudiere, como si real y verdaderamente le tuviera sacramentado en su alma: así le adorará, se encenderá en afectos de amor, alabanza, agradecimiento, ofrecimiento, peticion, admiracion, goce, etc.